

recogía, se presentó el acusado y diciéndole que lo recogía demasiado pronto y que había dejado su trabajo, le pegó dos puntapiés. El segundo hizo caer al testigo que fué á dar contra la pared donde se lastimó un codo teniendo aún la cicatriz. Cuando había rodado por tierra, el señor Armand le amenazó con el mango de un útil de trabajo diciéndole: «Si dices una sola palabra te mato.» El testigo fué echado sin cenar y se le retuvieron dos francos.

Armand.—A los dos días de su llegada á Aix fué cuando oí por vez primera el nombre de ese testigo. No me acuerdo ni de una palabra del hecho de que ha hablado, ni sé quien es ese hombre ni donde está domiciliado. Le he hablado de Marianne, pero no se su domicilio; no he encontrado el nombre de ese hombre en mis registros.

El señor Comisario central.—Marianne es una mujer muy conocida. Si se hubiese dirigido á la policía se hubiera tenido cuantos informes se hubiesen podido desear. Esa mujer vive en un albergue en Montpellier.

Armand.—La he buscado por todas partes y nadie ha podido decirme quien era esa Marianne; tengo razón para decir que no tiene domicilio pues no es tenerlo habitar en un albergue!

El señor primer Presidente.—¡No todos tienen una casa como vos!

El señor Lachaud pide al testigo su libreta y la pasa al señor Presidente que manda leerla como tambien diferentes certificados que ván unidos á ella.

El señor Lachaud.—No se encuentra consignado que trabajase en casa del señor Armand.

El señor Presidente.—¿Qué quereis? Me parece dudoso que se le diese un certificado; se le había tirado por tierra pegándole (*vivas reclamaciones en el banco de la defensa*). Siempre quedará que recibió dos puntapiés y que Armand cogió un útil de labranza para pegarle. Este es el hecho.

Armand.—Lo niego en absoluto.

El señor Lachaud.—Hago notar que en la primera instruccion no fué oído este testigo, y añado que no me preocupa lo más mínimo lo que digan los testigos oídos en el mes de Febrero en Montpellier.

El señor primer Presidente.—Los señores jurados apreciarán.

Atger (Francisco), cultivador domiciliado en Mougou. Fué durante muchos años colono del señor Armand y no tuvo de él queja alguna.

El testigo explica que estaba asociado con Moule. Preguntado por el señor primer Presidente dice que Moule no quería pagar porque decía que una de las zanjas le causaba perjuicio.

Vigouroux (Félix), agricultor domiciliado en Saint-Bres. Estuvo el testigo un año en la casa de campo del señor Armand. Se marchó porque se encontraba enfermo, y hubiera vuelto á entrar si hubiese querido. Declara haber visto muchas veces á Moule atravesar las tierras de la propiedad del señor Armand.

Armand.—Y sin embargo, no lo perseguí judicialmente como era mi derecho. Bien veis que á pesar de que se acusa de muy malo mi conducta no lo indica mucho.

Michel (Antonio), cultivador de Perols. Nada tiene que decir contra el acusado á quien no vió que maltratase á nadie durante los dos años que estuvo de capataz en su casa.

Daumas (Antonio), jornalero de Perols dice que el señor Armand es muy bueno, hace mucho bien en el país y socorre las familias de los enfermos.

Preguntado por el señor Presidente dice que Maury no hacia lo que debía. El señor Armand le dijo que se marchase de su propiedad, y entonces Maury le amenazó con un útil de labranza, retirándose el señor Armand.

Armand.—Debo hacer notar que mi esposa estaba presente y nunca me hubiera permitido olvidarme del respeto que le debo hasta el punto que se quiere suponer.

El señor primer Presidente.—No estamos bien convencidos.

A petición de uno de los Jurados el testigo declara haber estado sirviendo siete años en casa del señor Armand. Hace ocho ó nueve años que salió de la casa y nunca le vió practicar acto alguno de brutalidad. En Mougou hay muchas y muy malas lenguas.

El testigo Maury que es vuelto á llamar, declara falso cuanto este testigo acaba de decir. Se marchó cuando Armand le dijo que se marchase.

Daumas.—Sí, pero se marchaba regañando y diciendo malas espresiones.

Maury pretende que se marchaba sin volverse, que solo se paró cuando sintió que Armand le seguía y que entonces fué cuando se armó con un azadon.

Daumas sostiene que habiéndole dicho el señor Armand á Maury cuando se marchaba: «Adios mala cabeza,» éste se volvió y le dijo: «Acércate un poco, si te atreves y te rompo la tuya.»

A petición de un jurado *Daumas* afirma que el señor Armand practicaba muchos actos de caridad.

A petición del señor procurador general que desea saber si Maury había sido despedido por hablar mal de los sacerdotes, *Daumas* afirma que lo fué por trabajar mal.

Armand.—Había de 60 á 80 personas reunidas y todo el mundo pudo oirme, pero yo que estaba cerca de él pude oír perfectamente lo que decía.

Michel (Estéban), cultivador de Pignau.—Estuvo al servicio del señor Armand durante veinte meses y nada tiene que decir contra él.

A petición del señor Armand dice que no estaba presente cuando el golpe de baston que recibió José Blanc; entonces estaba comiendo. Supo que el señor Verdier estaba allí. Una mujer entró corriendo donde él comía gritando: «¡Estéban! ¡quieren matar al amo!» Salió y vió al señor Armand con la camisa desgarrada y que el criado tenia un palo en la cabeza.

Declara, además, que no había visto nunca al señor Armand maltratar á nadie.

Valette (Beltran), cultivador de Perols.—Estuvo seis años consecutivos al servicio del señor Armand y siempre estuvo contento de él; las condiciones convenidas fueron respetadas exactamente y hasta recibió aguinaldos. Nunca presenció riña alguna entre él y los trabajadores.

Vidal (Jacobo).—Declara lo mismo que el anterior, añadiendo que siempre recibió los mejores consejos. Estuvo sirviendo á Armand un año.

Gayrault (Francisco).—Sirve al señor Armand desde hace nueve años y siempre ha estado contento con él; nunca ha mediado la mas pequeña cuestion. Nunca he sabido que maltratase á alguno.

Ferrir (propietario de Mougou), trabaja por cuen-

ta del señor Armand y estuvo siempre contento de él.

En el mismo sentido declaran Bresillac, propietario de Mougou; Guim, cultivador de Perols; Dupont, obrero de Jacon; los cuales no solo han estado contentos al servicio del señor Armand, alguno de ellos durante diez años que le sirvió, sino que no han tenido con él la mas leve cuestion, y saben las buenas acciones que practica.

El señor Lachaud.—Pido mil perdones al Tribunal y á los señores jurados, si hacemos pasar ante sus ojos este considerable número de testigos que todos dicen lo mismo, pero creo preciso demostrar como este hombre tratado de salvaje y brutal, trata á las gentes, y la opinion que por todas partes se tiene formada de él.

El señor primer Presidente.—Habeis presentado personas poco inteligentes.

El señor Lachaud.—Lo sé bien; pero ya veremos si el señor Presidente opina del mismo modo cuando haya oído á todos los testigos que se presentarán por nuestra parte.

Lafont, conductor de tren en Dole, y *Grillet*, cultivador de Perols, declaran el primero que sirvió diez años y el segundo doce al señor Armand; lejos de tener queja alguna de él Lafont salió de la casa porque se iba á casar y dió pasos para volver; Grillet tuvo una hija enferma y el señor Armand le dijo: «Haced que venga á Montpellier; la haré ver por mi médico, yo pagaré y esto no os costará nada.»

Biquet (Antonino), declara que es primo de Armand; que se le presentó Fouchat pidiéndole un resto de cuenta que decía le estaba adeudando aquél y quería cobrarlo antes de ir á declarar; el señor Biquet se negó á pagar, y dijo á Fouchat que podia declarar como su conciencia le dictase.

Al abrirse la audiencia al siguiente dia se procede á oír á un nuevo testigo de cargo, que presenta el Ministerio público, este es:

Coust (Luis), criado en Marsella, estuvo, hace doce años, seis ó siete meses al servicio del señor Armand y nunca tuvo porque quejarse de él. El señor Armand era vivo de génio, es cierto; pero él tambien lo era, razon por la cual no pudieron entenderse y dejó su servicio.

El señor primer Presidente.—¿Tuvo con vos un altercado mas fuerte que los ordinaris en alguna circunstancia especial?

R.—No me acuerdo.

El señor procurador general.—¿No os sucedió una vez que Armand se dirigia contra vos con el puño levantado, por lo cual cogisteis una horquilla para defenderos?

R.—Un día tuvimos una ligera discusion en la cuadra por razon de no haber yo tenido listo un caruaje á la hora que se me habia mandado. El señor Armand me riñó: yo tenia una horquilla en la mano, es verdad, y en un momento de cólera la tiré contra la puerta; pero yo la habia cogido para limpiar los pesebres y no para defenderme, pues la verdad es que tampoco el señor Armand me amenazó.

El señor procurador general.—¿Pero en otra ocasion no os forzó violentamente á que dejaseis vuestro puesto?

El señor Julio Favre.—Eso es una noticia de la policia como tantas otras que necesitan ser comprobadas.

El señor procurador general.—Para que no se crea que se trata tan solo de un simple rumor cogido por la policia, pido permiso para leer la carta en la cual están consignadas estas noticias.

Concedido el permiso lee una carta del señor procurador general de Montpellier, en la cual se dice que un criado que estuvo al servicio de Armand y hoy dia al del señor Javier Luce, contó á su nuevo amo (era uno de los señores jurados) las dos escenas de violencia que la acusacion acababa de esponer.

El testigo Coust persiste en declarar que no dijo al señor Luce otra cosa que lo que acaba de declarar.

El señor Julio Favre.—Atendida la naturaleza del documento que el Ministerio público acaba de hacernos conocer, yo no doy á esa noticia carácter alguno judicial.

El señor procurador general.—En efecto, no es una declaracion; es una sencilla comunicacion que he hecho conocer con la autorizacion del señor Luce.

El señor Lisbonne al testigo.—¿En qué época estabais al servicio de Armand?

R.—En 1852 á 1853.

A peticion de la defensa se procede á oír los testigos Verdier y Andrieux, llamados á declarar sobre el hecho relativo á José Blanch.

Verdier (Paulino), propietario de Montpellier.—Hace cinco ó seis años encontrándose en la casa de campo del señor Armand, entró con este en la cuadra, cuando se presentó un criado con aire insolente, y dijo al señor Armand: «Ajustadme la cuenta.»—«No pago aquí, le contestó Armand, id el domingo á Montpellier y se os pagará.» El criado se echó entonces sobre el señor Armand y le desgarró la camisa; el testigo quiso separarlos, pero recibió un golpe en la nariz y como por razon de esto se volvió, no pudo ver si el señor Armand habia contestado á la agresion del criado por medio de un palo ó de un puñetazo.

Se llama al testigo *Pargoire* que se mantiene en la declaracion que tenia prestada.

El señor Verdier.—Lo que dice el testigo es inexacto. Respondo de que en la cuadra no habia otras personas sino el señor Armand, yo y el criado.

Pargoire.—No fué en la cuadra donde se dió el golpe.

Verdier.—¡Cómo! ¿que no fué en la cuadra donde la escena tuvo lugar! ¡La afirmacion es demasiado fuerte!

El señor primer Presidente á Verdier.—Hay dos hechos: el de la cuadra y el del pátio.

R.—Estábamos solos en la cuadra el señor Armand y yo, despues de haber visitado el pajar cuando se presentó el criado y se echó sobre el señor Armand; despues que yo los separé fué cuando se presentó el cochero. Yo me quedé al lado del criado: lo llevamos en seguida delante de la puerta de la cocina; allí le lavamos y le despedimos.

Armand.—¿Ruego al señor Presidente se sirva preguntar al testigo si le dije ó no que queria quejarme judicialmente de aquel individuo?

El testigo Verdier.—Sin que me quepa duda alguna; lo recuerdo muy bien, como que fué aquel hombre el que se le echó encima.

Andrieux (Luis).—Conoce al señor Armand desde la infancia; su madre fué la que crió á éste, entró en su servicio en 1852 y estuvo en su casa cinco años; despues Armand le dió 10,000 francos para que se pudiese establecer por su cuenta. «El carácter de

Armand es vivo, pero tiene un excelente corazon,» de ello soy yo la mejor prueba que se pueda presentar; ha velado por mí como si fuese un padre. Huérfano me llevó á su casa y me casó, me dotó y á él debo el bienestar de que disfruto. Si se enfada, sus enfades no duran nunca cinco minutos y por esta razon es justo: no puede tolerar que un hombre no cumpla con su deber, sobre todo cuando él cumple los suyos.

El señor primer Presidente.—Comprendo que os mostreis agradecido.

El testigo.—Estoy reconocido á los favores que me ha dispensado el señor Armand, es cierto; pero este sentimiento no me impide el decir la verdad, pues la diria lo mismo si supiese que habia cometido algun acto reprehensible.

Interrogado sobre el hecho de una discusion que el testigo presenció, responde: Un dia, uno de los trabajadores (eran en número de unos cincuenta ocupados en hacer una zanja), hombre vivo y de malos sentimientos, apostrofó al señor Armand en términos injuriosos. La señora Armand que estaba presente me llamó. Vi á aquel hombre fuera de sí, en una exasperacion imposible de describir, le cogí, le contuve y le hice salir. Por lo demás, durante todo el tiempo que estuve en casa del señor Armand nunca le vi que maltratase á persona alguna.

El acusado Armand ruega al señor Presidente pregunte al testigo relativamente á una escena que pasó con un tal Albert, su colono, el cual, segun se dice, fué perseguido con un baston.

El testigo declara que este colono les habia engañado de la manera mas indigna, sobre todo á él, por cuya mediacion é iniciativa habia conseguido anticipos de semillas y se le habia facilitado operarios, sin que despues en la época de la cosecha pensase en entregar el dinero. En aquella ocasion era yo el que estaba encolerizado contra Albert, y el señor Armand fué el que nos separó, en el momento en que yo le decia cosas bastante duras. «Ven, me dijo, cogiéndome por un brazo; deja á ese hombre; es un desgraciado.»

El señor primer Presidente.—Pasamos á oír los testigos llamados para declarar sobre el carácter y la moralidad de Mauricio Roux.

Servier (Hipólito), juez de paz en Bourg-Saint-Andeol.—Fué quien al saber el suceso del 7 de Julio informó al padre de Mauricio Roux y le hizo partir para Montpellier. El juez de instruccion de esta ciudad le pidió noticias sobre Roux y su familia, y las dió excelentes sobre su padre que habia permanecido veinte años á su servicio. En cuanto á Mauricio habia dejado el país cuando tenia veinte años y habia entrado á servir al señor de Lamartine.

El testigo sabe que en esta casa no tuvieron por qué quejarse de él. Se le reprochaba, sin embargo, cierta ligereza de costumbres que le hicieron verse complicado en el proceso de Pont-Saint-Esprit, de que se ha hablado en los debates.

Mauricio Roux durante su convalecencia fué á pedir al testigo su opinion sobre lo que debia hacer en el proceso Armand, en el supuesto de que este fuese su asesino; no podia trabajar, segun me dijo, y casi no podia moverse. El testigo le aconsejó que en lugar de pedir una indemnizacion desde luego, esperase el fallo de la justicia para reclamarla.

Se fué Mauricio Roux á Montpellier dos ó tres dias antes de aquel que se habia fijado para la apertura de los debates, y su objeto era consultar con un abogado. Yo tambien fui á Montpellier y buscándome en casa de mi hermana que habia cambiado de domicilio, fué cuando Mauricio fué víctima del segundo atentado en la noche del 17 de Noviembre.

El señor Madier de Lamartine, propietario, habitante en Pont-Saint-Esprit.—Tuvo nueve años en su servicio á Mauricio Roux desde 1853 á 1861 y siempre estuvo contento de él. En cuanto á su moralidad han corrido muchas historias, pero el testigo las consideraba tan solo como chismes y no se preocupaba de ello. Llegó un dia en que uno de sus parientes se le quejó de la asiduidad de Mauricio Roux tras su camarera Filomena Dessert, y le contestó el testigo: Guardad, si quereis, á vuestra camarera; en cuanto á mí estoy contento de mi cochero y no tengo por qué despedirle.

El señor primer Presidente.—¿Os previno álguien que estuvieseis en guardia con respecto á Mauricio Roux?

R.—Era un rumor público; se decia que me engañaba.

P.—¿Podisteis observarlo por ciencia propia, le tendisteis lazos para ver lo que hacía?

R.—No hice lo que me preguntais, pero le exigia que diese cuenta por escrito á mi madre de los pequeños encargos que le hacía.

P.—¿Por qué y como dejó Mauricio Roux vuestro servicio?

R.—Porque quería casarse, segun decia.

El testigo añade que Roux se ausentaba de vez en cuando por la noche; que tomaba su caballo para ir á Pont-Saint-Esprit, en donde paraba en la misma fonda que él.... sin embargo, yo se lo toleraba.

El señor Lachaud.—Debo, no obstante, hacer saber á los señores jurados, que el testigo en su declaracion escrita dijo que se habia dirigido al comisario de policia por razon de esas ausencias de noche, cuyo hecho habia sido confirmado por el mismo comisario de policia, el cual hasta añadió se habia formado contra Roux un proceso verbal y habia sido castigado por la policia por estar en los cafés en horas indebidas.

El señor de Lamartine.—Me deja asombrado esa declaracion.

El señor Lachaud.—Pues vos mismo la firmasteis.

El testigo.—Debí considerar el hecho como cosa bien ligera cuando no despedí á mi criado.

El señor Lachaud.—Puede probarse lo que decís; pero puede tan bien probarse que sois sobrado indulgente.

El testigo.—Paseaba mi caballo.

El señor Lachaud.—Es vuestra casa una ocupacion muy agradable para un criado.

Interpelado por el señor procurador general el señor de Lamartine, reconoce haber hablado á un señor Durand que se presentó en su casa con una carta de recomendacion del señor Riviere, contador de hipotecas de Largentier, de los rumores que corrian en el país contra Mauricio, y de las numerosas quejas que contra él se formulaban. Para mayores informes lo dirigió al señor Sisteron en Pont-Saint-Esprit.

El señor Julio Favre.—¿Es cierto que, hace cuatro ó cinco años, conduciendo Mauricio un carruaje, en el cual estaba el señor de Lamartine, lanzó de pronto

su caballo á galope pretendiendo que habian tirado algo contra el carruaje, y que á pesar de la informacion que se abrió sobre el hecho y de haberse demostrado la evidente falsedad de sus alegaciones, á pesar de eso Mauricio Roux continuó insistiendo en su mentira?

El testigo recuerda, en efecto, que habiendo querido un dia su esposa volver sola de Bourg-Saint-Andeol, á donde habia ido á recoger 8 ó 9 000 francos, dos individuos gritaron á Mauricio Roux para que se detuviese, y no habiendo este querido parar, se pusieron á tirar piedras contra el carruaje, que conservaba las señales. Aunque el testigo sabe que se ocupó de este asunto el alcalde de Saint-Just, no puede decir si este asunto tuvo ó no consecuencias, porque no quiso pedir indemnizacion alguna.

El señor Julio Favre.—Tengo en mi mano una importante noticia sobre este asunto. Hé aquí lo que me escribe una persona que se nombra.

«Acabo de saber (escribe el señor director de *L'Echo d'Ardeche* en Privas), un hecho que me parece tiene una gran importancia y que podria, tal vez, ser útil á Armand. Esta es la razon de por qué os doy cuenta de él inmediatamente para que sea conocido por sus abogados. (La carta va dirigida á una tercera persona que me la ha entregado.) Hace cuatro ó cinco años, Mauricio Roux, entonces cochero del señor Madier de Lamartine, traia de Bourg-Saint-Andeol á la señora Madier, que acababa de cobrar 8 000 francos. Llegado á la zanja del Molino, lanzó su caballo á galope, gritando que unos asesinos habian querido detener el carruaje. Llegados á Saint-Just, aunque la señora Madier no vió tales asesinos, Mauricio Roux sostuvo que la habia salvado de un gran peligro, y que habian tirado contra el carruaje.

Muchas personas hicieron inauditos esfuerzos para que Mauricio Roux conviniese en que todo lo dicho era una farsa, cuando menos que se habia engañado; pero no cedió, sostuvo su dicho que fué reconocido como falso.

El señor de Lamartine, dice que nunca le habló Roux de un tiro disparado, y que solo le dijo que habian tirado piedras. Si el testigo hubiese sospechado de Roux, es evidente que lo hubiera echado de su casa, pues nunca hubiera guardado en su casa un cómico

como el que se quiere pintar. Reconoce, no obstante, que despues de esto lo que pasó fué que el señor Maudan, empresario de puentes y calzadas, tuvo que acompañar á su esposa hasta la casa.

El señor procurador general.—Lo alegado por la defensa son rumores.

El señor Julio Favre.—No son rumores; son noticias firmadas por hombres públicos.

El señor procurador general.—¿Salió de vuestra casa porque decia que se iba á casar?

El señor de Lamartine.—No se lo pregunté; lo único que le recomendé fué que fuese á consultar con un tio suyo que vivia en Saint-Marcelin.

El señor Julio Favre.—Y no se casó!

El señor Lachaud.—Ya que hemos llegado al matrimonio de Mauricio Roux, permitidme leer la declaracion de su padre delante del juez de instruccion: «Cuando Mauricio dejó el servicio del señor Duplessis me escribió pidiéndome el consentimiento para su matrimonio. Yo creia su matrimonio consumado, cuando supe que no se habia casado, y que la novia habia matado á un hijo que tuvo de él.

El señor primer Presidente.—No veo que pueda sacarse otra consecuencia de ese documento que esta: «que Mauricio Roux pidió el consentimiento á su padre para casarse y que lo obtuvo.»

El señor Lachaud.—O lo que es lo mismo, señor Presidente, y para no contradecirnos, que se habia burlado de su padre, que le creia casado.

Armand.—Resulta otro hecho de la declaracion del padre, y es que no era verdad, como lo dijo al entrar en mi casa, que al salir de la casa del señor Duplessis, Roux habia ido á vivir por algun tiempo en su país.

El señor procurador general, á Servier.—¿Creia el padre que su hijo le habia engañado?

El señor Servier declara que el padre de Mauricio Roux le creia casado, ya que le habia dejado la libertad de casarse ó no casarse.

Segala (Teodoro), cerrajero en Montpellier.—Un señor se presentó el 8 por la mañana en su taller, y despues de preguntarle si conocia á Mauricio Roux, le dijo: «Acaba de pasarle algo en mi casa, ¿conocéis á alguno que pueda haberle hecho el mal que tiene? El testigo contestó que no le conocia antecedente algu-

no que pudiera haberle acarreado aquellas consecuencias. Mauricio Roux con su camarada, se habian divertido juntos como todos los jóvenes; pero no tiene nada que reprocharle.

Despues de almorzar y cuando iba á su trabajo, uno le dijo por el camino: «¿No sabes? ¿Ha sido Armand el que ha dado el golpe? á lo que el testigo contestó: «Es imposible!»

Al dia siguiente obtuvo del señor juez de instruccion el permiso para visitar á Mauricio Roux en el hospital; pero tan solo en su presencia. Su amigo le miró con un aire dolorido, y con gran trabajo le dió un apretón de manos. «Pobre amigo mio, en que disposicion te encuentro! ¿Sabes quien ha sido?—Quien quieres que sea sino ese desgraciado Armand!»

Interpelado para que explicase como habia conocido á Roux, declara el testigo que le conoce hace cinco ó seis años, cuando él era cochero en casa del señor Duplessis, vecino en el campo del señor Madier de Lamartine, á quien servia Roux.

El señor primer Presidente.—Durante el tiempo que frecuentasteis el trato de Roux, ¿que tal hombre os pareció?

R.—Me pareció del mismo génio y gustos que yo, y nos queriamos mucho, como dos buenos camaradas.

P.—¿Estais enterado de sus historias con las mujeres?

R.—En ese punto tanto tengo yo que reprocharme como él; teniamos el mismo género de vida, nos dábamos la mano. Tan solo debo observar que yo le soy deudor de que muchas veces pagó por mí, anticipándose á que yo pagara, cosa que no queria consentir: era demasiado leal conmigo como con muchos otros.

P.—¿Os encontrasteis en Montpellier? ¿Vivisteis juntos, ibais al circo y al casino?

R.—Sí; en los primeros tiempos.

P.—¿Y por la noche os retirabais á las once?

R.—Es cierto, señor Presidente.

En casa del testigo es donde fueron á habitar Mauricio Roux y su padre tres dias antes del fijado para la vista del proceso. La víspera de este dia Roux quiso salir, el testigo volvia de su trabajo á las seis; encontró á Mauricio en la mesa y le dijo: «¿Era urgente que comieses antes de que llegara yo?» á lo

que contestó: «Tengo necesidad de ver al señor Bertrand y á otros señores que han de venir.» Voy á comer en seguida, le dije, no te vayas sin mí. No importa, no te incomodes.—Como quieras, le dije, y le dejé marchar.

Salió el testigo despues de haber comido y volvió mas tarde que de costumbre. El padre de Mauricio estaba allí, al cual le pregunté donde habia dejado á su hijo.—Cómo! ¿no está con vos?—¿Dónde le habeis dejado?—Pero si yo creia que estaba con vos, respondió el padre; me dijo que iba á casa del señor Bertrand, y no le he vuelto á ver.» El testigo dijo al padre: «No debisteis permitir que saliese solo; y se marchó á buscar á Roux. Despues de mil carreras inútiles volvió á su casa creyendo que le encontraría allí ya; pero Roux no estaba, entonces subió de punto su inquietud; que le habrá sucedido, se preguntaba; tal vez le ha cojido algun desmayo! tal vez ha caido enfermo en algun sitio, por lo que empezó á recorrer todas las calles de los alrededores de la casa del señor Bertrand. Lo hizo; pero inútilmente. Era ya media noche cuando volvió á su casa y Roux aún no se habia recojido. Entonces se dijo: «lo han asesinado, está muerto, y volvió á empezar sus investigaciones, sin que nunca se le ocurriese pasar por la calle en donde estaba tendido Mauricio Roux.

Por último, volvió otra vez á su casa, en la plaza de la Comedia. Allí supo lo que le habia sucedido á Roux, y fué á verle á donde le habian llevado, y donde se encontraba ya el juez de instruccion.

Sabe que se acusa á Roux de haberse hecho pegar ó pegarse á sí mismo; la opinion que tiene formada de Roux es exactamente la misma que tiene el testigo formada de sí, lo cual no le permite ni por un momento detenerse en semejante suposicion.

Concluye declarando que se necesitan casi diez minutos para ir desde su casa á la del señor Riviere.

Marquez (María), Viuda Segala, madre del anterior testigo.—Se presentó uno en su casa por la mañana pidiendo ver á su hijo, y le contestó que estaba en su trabajo. Cuando vuelva decidle que vaya á casa del señor Armand, han ahorcado á mi criado esta mañana, y deseo saber si puede darme alguna noticia. En su impaciencia fué á buscar á su hijo al mismo taller en que trabajaba.

El señor primer Presidente.—Sabemos que fué el señor Biguet.

Uno de los señores jurados dice que no ha oido la declaracion del testigo. Ruega al señor Presidente se la haga repetir, y con esta ocasion suplica que invite al señor Julio Favre á que no se vuelva tan solo hácia el lado en que se encuentra el tribunal, pues sus explicaciones, que alguno desea conocer, no son oidas.

Depe (Juan María), tejedor.—Consideró á Mauricio Roux como un bravo y honrado jóven durante el tiempo que estuvo en Bourg-Saint-Andeol. Le cree incapaz de representar una indigna comedia con el objeto de que su amo le dé dinero.

Cámbianse explicaciones entre el señor procurador general y el señor Armand, que se queja de que le hayan acusado de procurar que se levanten dudas sobre la moralidad de los jóvenes de Bourg-Saint-Andeol, cuando no se le ocurrió hablar de esos jóvenes sino con el objeto de que la justicia pudiese adquirir noticias.

Depé (María), portera en Montpellier.—La cocinera de su amo es de Bourg-Saint-Andeol; su hermana fué á verla el 1.º de Julio, y tuvo conocimiento de que las dos hermanas trataron de ver á Mauricio Roux. Este á su vez fué á preguntar por ellas, y la testigo le preguntó donde vivia, á lo que le contestó que en casa del señor Armand.—¿Estais bien allí?—No tengo queja alguna.—Las muchachas salieron y se pasearon con él por el boulevard. Tiene á Roux por un jóven honrado, incapaz de mentir para acusar á un hombre.

Servier (María), viuda de Runel, propietaria en Montpellier, hermana del Juez de paz de Bourg-Saint-Andeol.—A ella fué á pedirle informes la señora Armand sobre Mauricio Roux. No conocia sino á su padre que habia estado veinte años á su servicio, y se acuerda que dijo que si los hijos se parecen á sus padres sólo tendria ocasiones para alabar sus servicios.

Contestando á una pregunta del señor Procurador general la testigo dice que cambió su domicilio en Montpellier; que Mauricio no habia ido nunca á verla, y que sólo por el señor Juez de instruccion supo que habia estado en su casa en la noche del 17 de Noviembre. Le parece que son necesarios diez minutos

para recorrer la distancia que existe entre la casa que ella habita y la del señor Bertrand.

La viuda Laissac, sin profesion, en Montpellier.—La señora Armand al marcharse á Paris la dejó las llaves de su habitacion recomendándola no las entregase á Mauricio del cual no tenia suficientes informes para encargarle el cuidado de la casa.

El señor primer Presidente hace observar á la testigo que su declaracion oral no está de acuerdo con las declaraciones escritas.

La testigo contesta que volvió inmediatamente á entrar en el despacho del señor Juez con el objeto de restablecer los hechos que fueron tales como acaba de declararlos en la audiencia. Añade, por último, que durante los diez ó doce años que ha sido panadera, ella era la que hacia cocer los 1,500 ó 2,000 panes que el señor Armand distribuia en invierno á los pobres.

Boucharin (Pedro), agricultor en Monguio.—Es el gerente de la explotacion agrícola Saint-Manel, propiedad del señor Armand. Por orden de este conservó como dependiente durante dos meses á Mauricio Roux mientras aquel estaba en Paris. Este jóven le pareció dulce y tranquilo, le gustaba mucho leer y era un poco romántico.

El señor Procurador general.—No dijisteis eso ante el señor Juez de instruccion.

R.—Será que no se consignó por escrito.

El señor primer Presidente.—¿Qué es lo que entendéis por romántico?

R.—Un hombre que lee y cree en las cosas vagas y fabulosas más que la generalidad de los hombres.

El señor Lachaud.—Contesta el testigo como lo hace la Academia.

El señor primer Presidente al testigo.—¿Es con ese género de lecturas con lo que llegasteis á formar vuestra opinion?

R.—Fué con su manera de hablar y de apreciar las cosas. No era hombre positivo en nada, no se fijaba en cosa alguna.

El testigo confirma en la audiencia las palabras que dijo á su mujer y que pretende haber dicho tambien al Juez de instruccion y que no se encuentran consignadas en el proceso verbal: «Si tu-

viera una hija para casar no se la daria á Mauricio Roux.»

Preguntado sobre la clase de libros que pudo ver en las manos de Roux cita el testigo: «*Les miseres d'un enfant trouvé y la Reine Margot.*»

El señor Primer presidente.—Durante su permanencia en el campo Mauricio no tenia nada que hacer, no tenia trabajo determinado; ya que tenia libre todo el tiempo se esplicó el que se dedicase á la lectura.

El señor Julio Favre.—Podia haber escogido un poco mejor sus lecturas.

El señor primer presidente.—Me parece difícil conseguir que un cochero se pusiese á leer «*El discurso sobre la Historia Universal de Bossuet.*»

El señor Julio Favre.—Pues de eso me quejo todos los dias, que sean tan poco instruidos que no se dediquen á las buenas lecturas.

El señor Procurador general pregunta al testigo Segala si observó que le gustase la lectura á Roux.

R.—Algunas veces.

Interpelado por el señor Procurador general señor *Boucharin*, reconoce que dijo al señor Armand al entrar á su servicio: «Cuando tengais que reñir á un criado encargádmelo á mí; valdrá más.» No es que temiese la vivacidad de Armand, pues no le conocia personalmente y por lo tanto no sabia cual era su carácter. Fué una precaucion que tomé siempre como director y para que los criados no sean condenados por todo el mundo.

Hilario (Estévan), cura de Flavial.—Conoce á Armand desde que tenia catorce años. Cuando se habló en el pueblo de este proceso al oír el nombre creyó que se trataba de un homónimo. A sus ojos, moral y físicamente, el Sr. Armand es incapaz de cometer un atentado semejante á aquel de que se le acusa. Conoce su caracter; es vivo, pero bueno; podria citar mil ejemplos de su excelente corazon. Llegaba á suceder que una mujer, obligada á amamantar á su hijo, no podia trabajar. «Ponedle á vuestro hijo una nodriza, y si vuestro salario no basta, yo pagaré lo que falte de mi bolsillo.» ¡Cuántas y cuántas personas conoce el testigo á quienes Armand ha prestado grandes servicios! Es una bellísima alma; mi ministerio me ha dado ocasion para apreciarle.